

Era medianoche en el Real Museo de Arte de Ankh-Morpork.*

Al nuevo empleado Rudolph Disperso se le ocurría más o menos una vez por minuto que, bien pensado, quizá habría sido buena idea informar al conservador de su nictofobia, de su miedo a los ruidos extraños y de su recién descubierto temor a absolutamente todo lo que pudiera ver (y, ya puestos, no ver), oír, oler y notar trepando por su espalda durante las interminables horas de vigilancia nocturna. No servía de nada decirse a sí mismo que todo cuanto había allí estaba muerto. No era ningún consuelo porque significaba, si acaso, que él destacaba.

Y entonces oyó el sollozo. Un grito tal vez habría sido mejor. Por lo menos cuando se oye un grito no quedan dudas. Un tenue sollozo obliga a quedarse esperando a que se repita para estar seguro.

* Técnicamente, la ciudad de Ankh-Morpork es una tiranía, lo que no siempre es lo mismo que una monarquía, y en realidad incluso el mismo cargo de tirano se ha visto redefinido hasta cierto punto por su titular, lord Vetinari, como la única forma de democracia que funciona. Todo el mundo tiene derecho a votar, a menos que esté inhabilitado por motivos de edad o de no ser lord Vetinari.

Y aun así, funciona. Eso ha irritado a una serie de personas que opinan, por algún motivo, que no debería y que preferirían tener a un monarca, es decir, que reemplazarían a un hombre que ha alcanzado su posición a base de astucia, una profunda comprensión de las realidades de la psique humana, una

Alzó la linterna con una mano temblorosa. No tendría que haber nadie en el edificio. Estaba cerrado a cal y canto y nadie podía entrar. Ni, ahora que lo pensaba, salir. Ojalá no hubiera caído en eso.

Estaba en el sótano, que no se contaba entre los puntos más temibles de su ronda. Contenía sobre todo estanterías y cajoneras viejas, llenas de trastos que estaban casi, pero sin duda no del todo, para tirar. A los museos no les gusta tirar trastos, por si más adelante resultan ser muy importantes.

Otro sollozo, y un sonido como un roce de... ¿cerámica?

¿Una rata, entonces, en algún lugar de las estanterías del fondo? Las ratas no sollozaban, ¿verdad?

—¡Mira, no quiero tener que ir a sacarte! —dijo Disperso con sentida veracidad.

Y los estantes explotaron. Le pareció que sucedía a cámara lenta; los fragmentos de cerámica y de estatua se dispersaron mientras volaban hacia él. Se tiró hacia atrás y la nube en expansión pasó por encima de él para estrellarse contra las estanterías del otro lado de la sala, que acabaron demolidas.

Disperso se quedó tumbado en el suelo, a oscuras, incapaz de moverse, esperando que en cualquier momento lo hicieran pedazos los fantasmas que brotaban de su imaginación...

diplomacia pasmosa, cierta maña con el estilete y, como todos reconocen, un cerebro como una sierra circular finamente equilibrada, por un hombre que ha llegado donde está por haber nacido.**

Sin embargo, la corona ha seguido presente, como suele pasar con las coronas: en la Oficina de Correos, el Banco y Casa de la Moneda Real y, ante todo, en la extensa, peleona y gritona conciencia de la propia ciudad. En esa oscuridad viven muchas cosas. Hay toda clase de oscuridades, y en ellas puede encontrarse toda clase de cosas, encarceladas, desterradas, perdidas u ocultas. A veces escapan. A veces simplemente se descuelgan. A veces no pueden soporarlo más.

** Una tercera propuesta, que la ciudad fuera gobernada por una selección de miembros respetables de la comunidad que prometiesen no darse aires ni traicionar la confianza pública a la menor ocasión, fue objeto inmediato de bromas de vodevil por toda la ciudad.

El personal diurno lo encontró allí por la mañana, dormido como un tronco y cubierto de polvo. Escucharon su confusa explicación, lo trataron con amabilidad y coincidieron en que una carrera distinta quizá se aviniera más con su temperamento. Se preguntaron durante un tiempo qué habría estado haciendo allí, porque los vigilantes nocturnos son personas más bien desconcertantes en el mejor de los casos, pero se lo quitaron de la cabeza... a causa del hallazgo.

Más adelante, el señor Disperso encontró trabajo en una tienda de mascotas de la escalera del Flim, pero lo dejó al cabo de tres días porque la manera en que lo miraban los gatitos le daba pesadillas. El mundo puede ser muy cruel con algunas personas. Pero él nunca habló a nadie de la dama gloriosa y centelleante que sostenía una gran bola por encima de su cabeza y le sonrió antes de desaparecer. No quería que la gente lo tomara por raro.

Pero quizá sea hora de hablar de camas.

La lectrología, el estudio de la cama y el entorno asociado a ella, puede resultar de extrema utilidad y decir mucho del propietario, aunque solo sea que es un experto y espabilado maestro de la instalación artística.

La cama del archicanciller Ridcully de la Universidad Invisible, por ejemplo, es como mínimo una cama y media, pues tiene un dosel de ocho columnas. Incluye una pequeña biblioteca, un bar y un ingenioso retrete empotrado, en caoba y dorados, para evitarle esas largas y frías excursiones nocturnas, con su riesgo inherente de tropezar con pantuflas, botellas vacías, zapatos y demás obstáculos que afronta a oscuras un hombre mientras reza por que lo siguiente con lo que tope su dedo gordo del pie sea de porcelana, o por lo menos fácil de limpiar.

La cama de Trevor Probable es cualquier sitio: el suelo de un amigo, el pajar del primer establo que se hayan dejado abierto (que suele ser una opción mucho más fragante) o la habitación de una casa vacía (aunque de esas quedan muy pocas de un tiem-

po a esta parte); también duerme en el trabajo (aunque siempre con cuidado, porque se diría que el viejo Smeems no duerme jamás y podría pillarle en cualquier momento). Trev puede dormir en cualquier parte, y eso hace.

Glenda duerme en una antigua cama de hierro,* cuyos muelles y colchón se han ido moldeando con dulzura y amabilidad en torno a ella con el paso de los años hasta dejar una generosa depresión. El somier se mantiene por encima del suelo gracias a un mantillo de novelas románticas amarillentas y muy baratas, de esas que utilizan la palabra «corpiño» con naturalidad. Glenda moriría si alguien lo descubriese, o es posible que muriera ese alguien si ella se enteraba de que lo había descubierto. Por lo general hay, sobre la almohada, un oso de peluche muy anciano llamado señor Temblón.

Por tradición, las normas del *pathos* exigirían que un osito como ese tuviera un solo ojo pero, a resultas de un error infantil de costura de Glenda, tiene tres, por lo que está más iluminado que el común de los osos.

La cama de Juliet Stollop se la vendieron a su madre como digna de una princesa, y es más o menos como el lecho del archicanciller, aunque más menos que más, dado que la forman unas cortinas de gasa que rodean un somier muy estrecho y barato. Su madre ya ha muerto. Eso puede deducirse del hecho de que, cuando la cama se hundió bajo el peso de la chica ya crecida, alguien la elevó sobre unas cajas de cerveza. Una madre se habría asegurado de que, por lo menos, como todos los demás objetos de la habitación, las pintaran de rosa con coronitas.

El señor Huebo tenía siete años cuando descubrió que dormir, para algunas personas, conllevaba un mueble especial.

* Es decir, oficialmente Glenda duerme en el viejo lecho de hierro; en la práctica, la mayor parte de su sueño transcurre en un enorme y vetusto sillón de la cocina nocturna, donde casi ha dominado el arte de sobrevivir sin echar ni una mísera cabezadita. Se han escurrido tantas migas, cucharas, pegotes de masa, libros y bebidas por los costados de los cojines de esa butaca que es bien posible que ya albergue una pequeña y floreciente civilización.

Eran las dos de la madrugada. Un silencio empalagoso reinaba en los antiguos pasillos y claustros de la Universidad Invisible. Imperaba el silencio en la Biblioteca; imperaba el silencio en los salones. Había tanto silencio que casi se oía. Allá donde fuera, rellenaba las orejas con una pelusa invisible.

¡Gloing!

El leve sonido pasó volando, un momento de oro líquido en el silencio estigio.

El silencio se impuso de nuevo sobre las escaleras, hasta que lo interrumpió el roce de las pantuflas oficiales de felpa y suela gruesa de Smeems, el paje de velas, que efectuaba su ronda de principio a fin de la larga noche, de un candelabro a otro, rellenándolos con el contenido de su cesta oficial. Esa noche le ayudaba (aunque, a juzgar por sus ocasionales rezongos, no lo suficiente) un goteador.

Lo llamaban paje de velas porque así se hizo constar el cargo en los registros de la universidad cuando se creó, hacía casi dos mil años. Mantener surtidos los candeleros, las palmatorias y, sobre todo, los candelabros de la universidad era un trabajo interminable. Era, a decir verdad, el trabajo más importante del lugar, en opinión del paje de velas. Sí, bajo presión Smeems admitiría que pululaban por ahí unos tipos con sombreros puntiagudos, pero esos iban y venían y hacían poco más que estorbar. La Universidad Invisible no era rica en ventanas, y sin el paje de velas se quedaría a oscuras de un día para el otro. A Smeems nunca se le había pasado por la cabeza que, dado el caso, los magos se limitarían a salir fuera y contratar al primer hombre de la multitud que fuera capaz de subir escaleras con los bolsillos llenos de velas. Él era irremplazable, igual que todos los pajes de velas que lo habían precedido.

Y ahora, a su lado, se oyó un estrépito cuando la escalera de tijera oficial se desplegó. Giró sobre sus talones.

—¡Sujeta bien ese maldito trasto! —dijo entre dientes.

—¡Perdón, maestro! —dijo su aprendiz temporal, que intentaba controlar el deslizante monstruo atrapados en que se

convierte cualquier escalera de tijera a la menor oportunidad, y a menudo sin oportunidad alguna.

—¡Y no hagas tanto ruido! —vociferó Smeems—. ¿Quieres ser goteador durante el resto de tu vida?

—En realidad, me gusta bastante ser goteador, señor...

—¡Ja! ¡La falta de ambición es la lacra de la clase trabajadora! ¡Venga, dame eso!

El paje de velas estiró el brazo hacia la escalera en el preciso instante en que su desdichado ayudante la cerraba.

—Lo siento, señor...

—Siempre hay trabajo para uno más en la cuba de mojar las mechas, ¿sabes? —dijo Smeems mientras se soplabla en los nudillos.

—Tiene toda la razón, señor.

El paje de velas contempló el rostro gris, redondo y cándido. Tenía una expresión de imperturbable afabilidad que resultaba muy desconcertante, sobre todo cuando uno sabía lo que estaba mirando. Y él lo sabía, vaya si lo sabía, aunque no el nombre que se le daba.

—¿Cómo has dicho que te llamabas? Sois tantos que no hay forma de acordarse.

—Huebo, señor Smeems. Con be.

—¿Crees que la be lo arregla, Huebo?

—La verdad es que no, señor.

—¿Dónde está Trev? Esta noche tenía turno él.

—Ha estado muy malito, señor. Me ha pedido que le cubra.

El paje de velas gruñó.

—¡Tienes que arreglarte bien para trabajar aquí arriba, Huebos!

—Es Huebo, señor. Lo siento, señor. Nací desarreglado, señor.

—Bueno, por lo menos ahora no te ve nadie —reconoció Smeems—. Vale, va, sígueme e intenta parecer menos... en fin, intenta no parecer y punto.

—Sí, maestro, pero pienso...

—No te pagan para pensar... hombre.

—Intentaré no hacerlo, señor.

Dos minutos más tarde Smeems se encontraba delante del Emperador, observado por un Huebo debidamente sobrecogido.

Una montaña de sebo gris plateado casi llenaba el aislado cruce de pasillos de piedra. La llama de aquella vela, que esforzando la mirada podía distinguirse como una megavela formada por los cabos agregados de muchos, muchos miles de velas que la habían precedido y que con sus goteos y regueros habían formado un único y enorme conjunto, era un resplandor cercano al techo, demasiado alto para iluminar gran cosa.

Smeems sacó pecho. Se hallaba en presencia de la Historia.

—¡Admírate, Huebos!

—Sí, señor. Admirándome, señor. Es Huebo, señor.

—Dos mil años nos contemplan desde lo alto de esta vela, Huebos. Por supuesto, a ti te miran desde más alto que a mí.

—Desde luego, señor. Muy bien, señor.

Smeems miró con ira la cara redonda y afable y solo vio una lisa docilidad que casi daba miedo.

Gruñó y después desplegó su escalera sin mayor incidente que un pulgar pellizcado, y subió por ella con cuidado hasta que no pudo llegar más arriba. A partir de ese campamento base, generaciones de pajes de vela habían tallado y mantenido escalones en la ladera Eje del gigante.

—Recréate la vista con esto, muchacho —dijo a voces hacia abajo, porque el contacto con la grandeza atemperaba un poco su estado natural de mal humor—. ¡Algún día podrías ser el... hombre que escale este sebo venerable!

Por un momento, Huebo pareció alguien que se esfuerza por disimular la expresión de quien espera muy en serio que su futuro contenga algo más que una vela grande. Era joven y, por lo tanto, carecía de esa reverencia por la edad que tienen, ante todo, las personas de edad. Pero la alegre sonrisa que no acababa de serlo regresó. Nunca desaparecía mucho tiempo.

—Sí señor —dijo; eso solía funcionar.

Algunas personas afirmaban que el Emperador había sido encendido la mismísima noche en que se inauguró la UI y que

nunca se había apagado desde entonces. Desde luego el Emperador era enorme: lo que se obtenía cuando, todas las noches durante quizá dos mil años, se encendía una vela gruesa nueva con los restos parpadeantes de la anterior y se pegaba con firmeza a la cera caliente. Ya no había candelero a la vista, claro. Se encontraba en algún punto de la inmensa acumulación de regueiros cerosos del piso de abajo.

Alrededor de mil años atrás, la universidad había encargado la apertura de un gran agujero en el techo del pasillo inferior, y allí arriba el Emperador ya alcanzaba los cinco metros de altura. Había un total de once metros y medio de pura vela natural y churretosa. Smeems se sentía orgulloso. Era custodio de la vela que no se apagaba nunca. Se trataba de un ejemplo para todos, una luz que nunca fallaba, una llama en la oscuridad, un faro de tradición. Y la Universidad Invisible se tomaba muy en serio la tradición, por lo menos cuando se acordaba.

Como ahora, precisamente...

De algún punto a lo lejos llegó un sonido como si alguien pisara a un pato muy grande, seguido de un grito de «¡Va, el Megápodo!». Y entonces se formó un escándalo de mil demonios.

Una... criatura surgió de la penumbra.

Existe la expresión «ni carne ni pescado». Aquello era las dos cosas, más otros pedacitos de bestias desconocidas para la ciencia, las pesadillas e incluso el kebab. Sin duda había algo de músculo y muchas escamas, y Huebo estaba seguro de haber vislumbrado una enorme sandalía, pero también estaban los ojos locos, saltones e inquietos y el enorme pico amarillo y rojo; después aquella cosa desapareció por otro pasillo oscuro, sin dejar de emitir un átono bocinazo parecido al que usan los cazadores de patos justo antes de que les disparen otros cazadores de patos.

—¡Vavá! ¡El Megápodo! —No estaba claro de dónde salía el grito. Parecía proceder de todas partes—. ¡Por ahí brinca! ¡Va, el Megápodo!

El grito sonó repetido en todas partes, y de las oscuras sombras de cada pasillo, menos aquel por el que había huido la bestia, salieron al galope curiosas formas, que resultaron ser, a la

trémula luz del Emperador, los miembros más destacados del profesorado. Cada mago iba a caballito sobre un recio bedel universitario con bombín, al que animaba a avanzar por medio de una botella de cerveza atada a un cordel y sujeta, como mandaba la tradición, justo por delante del alcance de la montura por medio de un largo palo.

Sonó de nuevo el quejumbroso graznido, a cierta distancia, y un mago blandió su bastón en el aire y chilló:

—¡El pájaro ha volado! ¡Va, el Megápodó!

El embotellamiento de magos, que ya había aplastado la destartada escalera de Smeems bajo las botas con tachuelas de sus monturas, partió de golpe, entre empujones y embestidas para ganar posiciones.

Durante un rato, los ecos de «¡Vavá! ¡El Megápodó!» resonaron en la distancia. Cuando estuvo seguro de que no volverían, Huebo salió a rastras de su refugio detrás del Emperador, recogió los restos de la escalera y miró a su alrededor.

—¿Maestro? —probó a decir.

Oyó un gruñido en las alturas y alzó la vista.

—¿Se encuentra bien, maestro?

—He estado mejor, Huebos. ¿Me ves los pies?

Huebo alzó la linterna.

—Sí, maestro. Siento decir que la escalera se ha roto.

—Bueno, pues haz algo al respecto. Yo estoy concentrado en agarrarme.

—Creía que no me pagaban para pensar, maestro.

—¡No seas listo!

—¿Puedo intentar ser lo bastante listo para bajarlo sin que caiga, maestro?

La ausencia de respuesta fue la severa réplica. Huebo suspiró y abrió la gran bolsa de lona de las herramientas.

Smeems se aferraba a la vertiginosa vela mientras oía, muy abajo, misteriosos frotos y tintineos. Después, con un silencio y brusquedad que lo sobresaltaron, una forma puntiaguda se elevó junto a él, con un ligero bamboleo.

—He atornillado tres de los apagavelas largos, maestro —ex-

plicó Huebo desde abajo—. Y verá que hay un candelabro clavado arriba a modo de garfio, ¿verdad? Y hay una cuerda. ¿La ve? Creo que, si puede rodear con ella el Emperador, no resbalará mucho y podrá ir bajando poco a poco. Ah, sí, también hay una caja de cerillas.

—¿Para qué? —preguntó Smeems, estirando el brazo hacia el garfio.

—No he podido evitar fijarme en que el Emperador se ha apagado, señor —dijo la voz de abajo con tono jovial.

—¡No es verdad!

—Creo que descubrirá que sí, señor, porque no veo la...

—¡En el departamento más importante de esta universidad no hay sitio para los cortos de vista, Huebos!

—Le ruego que me disculpe, maestro. No sé qué me ha pasado. ¡De repente veo la llama!

Desde las alturas sonó el raspado de una cerilla al prender, y un círculo de luz amarilla se extendió por el techo al encenderse la vela que no se había apagado. Al cabo de poco, Smeems descendió con mucha cautela hasta el suelo.

—Bien hecho, señor —dijo Huebo.

El paje de velas se sacudió un pegote de cera coagulada de su camisa no menos grasienta.

—Muy bien —dijo—. De todas formas, tendrás que volver por la mañana para recoger los...

Pero Huebo ya trepaba por la cuerda como una araña. Se oyó un estrépito metálico al otro lado de la gran vela cuando los apagavelas cayeron al suelo, y el chico bajó haciendo rapel hasta su maestro con el candelabro bajo el brazo. Y se quedó allí plantado, todo brío y eficacia bien lavada (por bien que algo mal vestida). Tenía algo casi ofensivo, y el paje de velas no estaba acostumbrado a eso. Se sintió obligado a bajarle los humos un poco al chaval, por su propio bien.

—Todas las velas de esta universidad deben encenderse usando una candela fina, para pasar la llama de otra vela que ya arda, muchacho —le explicó con severidad—. ¿De dónde has sacado esas cerillas?

—No me gustaría decirlo, maestro.

—¡Ya me imagino que no! ¡Y ahora dímelo!

—No quiero meter a nadie en problemas, maestro.

—Tu resistencia te honra, pero insisto —dijo el paje de velas.

—Ejem, se le han caído de la chaqueta cuando trepaba, maestro.

A lo lejos se oyó un último grito:

—¡El Megápodo ha sido atrapado!

Sin embargo, alrededor del Emperador el silencio escuchaba con la boca abierta.

—Te equivocas, Huebos —dijo Smeems lentamente—. Creo que descubrirás que deben de habersele caído a uno de esos caballeros.

—Ah, sí, sin duda eso es lo que debe de haber sucedido, señor. Tengo que aprender a no sacar conclusiones precipitadas.

Una vez más, el paje de velas sintió que lo pillaban a pie cambiado.

—Bueno, pues no se hable más —fue todo lo que logró decir.

—¿Qué es lo que ha pasado hace un momento, señor? —preguntó Huebo.

—Ah, ¿eso? Formaba parte de una de las actividades mágicas mágicamente esenciales de los caballeros, muchacho. Era vital para el buen funcionamiento del mundo, estoy convencido, sí, sí. A lo mejor estaban colocando las estrellas en sus trayectorias, incluso. Es una de las cosas que hacemos aquí, por si no lo sabías —añadió, insinuando con cautela que menudeaba la compañía de los magos.

—Es que parecía un tipo flacucho con un gran pato de madera amarrado a la cabeza.

—Ya, bueno, a lo mejor parecía eso, bien pensado, pero es porque así lo ve la gente como nosotros, los que no tenemos el don de la vista ocular.

—¿Quiere decir que era una especie de metáfora?

Smeems reaccionó bastante bien dadas las circunstancias, que incluían haber naufragado tanto en el fondo de la cuestión que su ropa interior atraería percebes.